

La feria de los días

Octubre de 1963. Un otoño más.
Otra jornada.

I

A decir verdad, no sé cómo andará el mundo cuando estas líneas aparezcan. Ignoro si el tapado se habrá destapado. Si la paz genuina se mira menos remota. Si un nuevo libro ha sacudido a nuestro público. Si algún flamante inquisidor ha reforzado las filas, ya polvorientas, de los cazadores de brujas.

II

Con todo, habrá siempre un camino por andar, no pocos entuertos por aliviar, y muchas palabras que aguardan el momento de ser dichas. Y aquí seguiremos, con esta pequeña tribuna, inseguros de nuestra eficacia, pero satisfechos de nuestro mínimo grano de arena.

III

El realismo político de moda nos empujaría a cerrar la boca. El romanticismo evasivo, a mantenerla bien abierta, dejándola que construya utopías y fabrique retóricos ca-



balleros andantes. Quisiéramos apartarnos de lo uno y de lo otro. Empezar el examen de la realidad, con los pies sobre la tierra, y la cabeza sin prejuicio.

IV

Hablamos porque tenemos necesidad de expresarnos; de sembrar un testimonio —así sea tan modesto y limitado como el que alojan estas páginas— en los surcos movedizos de nuestro tiempo. Tanto nos repugna acomodarnos al desorden establecido, cuanto adaptar la conciencia tranquila de quien da las espaldas al presente.

V

En pleno siglo veinte, no hemos superado aún la edad de las mitologías. Nuestros contemporáneos creen todavía en la magia del conjuro hueco y en el valor autónomo de rituales que sólo enmascaran pugnas de intereses. Vivimos en una maraña de leyes que no se aplican, pactos que no se cumplen, ficciones más o menos brillantes que pretenden resolver problemas de tal suerte insolubles.

VI

¿Podrían ser las cosas de otro modo? Sí y no. Desde luego, en México las condiciones actuales no permitirían pensar sino en unos cuantos cambios viables. Lo malo es que no se haga ese “poco más” que se puede hacer, dentro de las circunstancias que prevalecen.

VII

Y por otra parte, estas circunstancias no muestran una pareja fatalidad. Cabría intentar —lo que tampoco se ha hecho— la mudanza paulatina de algunas. ¿O es ello un sueño excesivo?

VIII

En todo caso, México, y el mundo todo, exige que se propicie dondequiera la libre discusión de sus problemas; que no se nublen las perspectivas reales con verdades a medias, con piadosas mentiras, ni con seductores sofismas políticos. Y si esto es soñar, hemos de seguir soñando.

—J. G. T.

